

— 8 —
ces referido, fué aplicado por la Iglesia misma á la Guadalu-
pana de México.

En los sermones publicados en los siguientes años: 1755, de Fray Andrés de la Trinidad; 1756, de Eguiara, Martínez de los Ríos, Camarena, Herboso, Gaona, Iturriaga, jesuita, Muñóz, Pardo y Valderas; 1757, de Díaz de Alcántara; 1758, de Alfaro; 1759, de Lazcano, (á pesar de aplicar alguna vez en su discurso dicho hemistiquio), y Paredes, jesuitas; 1761, de Parreño; 1765, de Beltrán; 1767, de Rodríguez; 1770, en la oración del Ilmo. señor Lorenzana; 1782, de Peñuelas; 1795, de Solano y de Anastáriz, nada, absolutamente nada, se halla acerca del punto que se trata.

La primera vez que encuentro se haya dicho que el señor Benedicto XIV, no por los predicadores contemporáneos á su pontificado, sino por los posteriores, aplicó á nuestra Sagrada Imagen «*Non fecit taliter*», fué el R. P. Fray Antonio López Murto O. M. en Mayo 7 de 1791 en San Luis Potosí, en su sermón página 15. «Benedicto XIV, al advertir lo raro de esta imagen, prorrumpió en estas voces, que harán siempre el honor de nuestra América: «No ha obrado así el buen Dios con alguna Nación del Universo.» El mismo volvió á predicar al siguiente año y le sirvió de texto dicho hemistiquio; mas en el discurso no volvió ya á decir nada del señor Benedicto XIV.

En 1809, el P. Domínguez dice en su sermón que el señor Benedicto XIV mandó ponerlas.

En 1821, Barreda puso el texto «*Non fecit taliter*»; nada dice en el resto del sermón.

En 1829, Burgos dice que la Iglesia aplicó á nuestra Guadalupe las mencionadas palabras.

Ya después otros oradores han seguido á estos últimos.

Según queda visto, el señor Benedicto XIV, que falleció en 1758, sólo aprobó el uso de aplicar á las imágenes de Nuestra Señora de Guadalupe las tan veces citadas palabras del rey David, que databan desde fines del siglo XVII.

México, Octubre 28 de 1907.

V. DE P. ANDRADE.

Formada según el texto
El Seminario Conciliar de León

— EN LA ÚLTIMA FIESTA DEL —

Sagrada Corazón de Jesús

DEL SIGLO XIX.

Junio 22 de 1900.

CON LICENCIA ECLESIASTICA.



Imprenta de Zenón Izquierdo.

*Dr. Canónigo de León
D. Ant. de J. López*

SACRATISSIMO. CORDI. IESV

CONC. LEONEN. SEMINARIUM

SECVLO. JAM. LABENTE

IN. POSTREMIS. SOLEMNIIS

EJVSD. SANCTISSIMI. CORDIS

GRATVM. ET. DEVOTVM

X. KAL. IVLIAS. AN.

M.DCCCC.

Jesucristo y el Siglo.

— — — — —
VACILANTE Tomás de que á la vida
Su Maestro Jesús hubiera vuelto,
A sus hermanos, con la fé perdida,
Se atreve al fin á protestar resuelto:

"Si sus llagas no viere con mis ojos,
Si mi mano no méto en su costado,
A sus pies no caerá mi alma de hinojos,
No lo creeré jamás resucitado."

Generoso Jesús y compasivo
A Tomás se aparece en cierto día,
Y amoroso le dice: „creeme vivo,
No sigas más en tu tenaz porfía.

Mira mis llagas, mi costado abierto,
Dá acá tu mano, métela en mi pecho,
Que en él encontrará seguro puerto
Tu fé perdida en vendaval deshecho."

Acércase Tomás ya confundido
Por la fuerza de tantas maravillas;
Del pecho de Jesús siente el latido.
Y adorando á su Dios cae de rodillas!

*
*
*

Cual Tomás este siglo en su demencia .
Sin la luz de la fé, sin esperanza,
Alucinado por su vana ciencia
No cree que exista lo que á ver no alcanza.

De tanta ceguedad se compadece
Jesús, y como esfuerzo soberano
Su Corazón divino al mundo ofrece
Pidiendo en cambio el corazón humano.

¡Oh si este siglo conocer quisiera
Del amor de Jesús las maravillas,
Y, llegando al final de su carrera,
Ante Cristo cayera de rodillas!

León, Junio 22 de 1900.

Eugenio Oláez,

Rector del Seminario. Catedrático de Historia Eccl.
y de Elocuencia Sagrada.



JESUCRISTO

Ante el Racionalismo del Siglo XIX.

El traductor genuino de las teorías racionalistas de Strauss y Bauer, de Cousin y Vacherot es el apóstata Renán, quien se ha empeñado vivamente en formar la sublime apoteosis del humilde Nazareno. Admiremos la bella forma de sus ideas encomiásticas y laudatorias.

Jesucristo, dice: "es un sabio de incomparable mérito" . . .

Su palabra fué un resplandor en noche lóbrega. Mil ochocientos años han sido necesarios para que los ojos de la humanidad ¡qué digo! de una porción infinitamente pequeña de la humanidad se haya habituado á él. Pero el resplandor llegará á ser claridad perfecta, y después de haber recorrido todos los círculos del error la humanidad volverá á esa palabra, como á la expresión inmortal de su fé."

Jesucristo es "un agradable moralista" El estableció la moral eterna, la que ha salvado la humanidad "el fundador de la religión verdadera" "de la religión eterna"

"Jesús no tiene igual, su gloria permanece entera y se renovará para siempre"

"Las aldeas en que predicó, y de que hablará la humanidad tanto de Roma como de Atenas, han desaparecido, y es dudoso que se consiga nunca fijar los sitios en que quisiera la humanidad besar las huellas de sus plantas"

"Se hizo amar hasta el punto de no haber cesado de amarle después de su muerte. (*)"

Ahora bien; ¿el Cristo de Renán, es el Cristo del hombre cristiano, *el Hijo de Dios*, (1) el Dios Salvador, (2) engendrado desde la eternidad, (3) el Hijo unigénito del Padre? (4)

(*) Renán.—Vida de Jesús.

(1) Salmo 2 8.

(2) Isai. 35 4.

(3) Mich. V. 2.

(4) Joan. I. 15.

Nó, jamás, el Cristo de este filósofo no es el que nosotros adoramos, es un Cristo psíquico, cuya concepción se ha efectuado en el espíritu del hombre, y cuyo nacimiento es obra de su inteligencia. El que nos ha revelado la fé, ha sido concebido del Espíritu Santo y nacido de la bienaventurada Virgen María. El Cristo de Renán ha venido de abajo, hechura de las entrañas de la humanidad, el Cristo nuestro ha descendido de las alturas, salido del seno del Eterno Padre. El Cristo de Renán es solamente consubstancial al hombre, el nuestro es consubstancial al mismo Dios.

De la misma manera, la enseñanza de Jesús, según Renán, no es la enseñanza Divina, ni la doctrina Santa del Evangelio sellada con la inspiración venida del cielo, sino la verdad "indeterminada" "que no contiene ningún vestigio de moral práctica; nada tampoco de teología, ni símbolo; apenas algunas indicaciones sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu" [1]

En consecuencia, el racionalismo del siglo XIX encarnado en Renán, tiene al Cristo como un puro hombre y su doctrina no pasa de los límites de lo humano.

Este género de sofistas inciensa á Jesucristo para llevarnos á renegar de El; y la admiración de su Evangelio es el lazo terrible que no tuvo el racionalismo de Voltaire en el siglo XVIII, "la hipocresía."

Protestemos pues, á la faz del mundo entero, que *Jesucristo es Dios*, y que su *Divina Palabra* es el único apoyo salvador de la humanidad.

Al celebrar este Seminario la última fiesta en el siglo que está para expirar, al Deífico Corazón de Jesús; hago esta protesta, á nombre de la juventud estudiosa, como tributo de amor y gratitud rendido al Hombre-Dios.

Junio 22 de 1900.

José Crispín Durán.

Vice-Rector del Seminario, Catedrático de Religión y de Italiano.

[1] Renán.—Vida de Jesús.

DABO VOBIS COR NOVUM.

Ezech. cap. XXXVI, v. XXV.

JESUCRISTO inmensamente enamorado de los hombres les dió su corazón. Don sobre todo don, testimonio elocuentísimo de su tierno é infinito amor, á la vez que prenda segura del ardiente deseo que tiene de nuestra eterna salvación.

El corazón es en los hombres la parte principal de sus cuerpos, porque el hombre es una planta cuyas ramas son los miembros, la savia es la sangre y el principio motor y distribuidor de ésta es el corazón. Sin las palpitaciones del corazón, el hombre es un cadáver, con los latidos del mismo y su doble movimiento de contracción y repulsión se llena de vida; el corazón envía sangre á todos los órganos del cuerpo, suministra sangre al cerebro para calentarlo, sangre á los huesos para que sean renovados, sangre á los tejidos y á las fibras para que sean reparadas, sangre, en fin, á todas las moléculas del cuerpo para con ella establecer y conservar una corriente constante de vida. Esto que hace el corazón en todos los cuerpos humanos hizo también en el cuerpo sacrosanto de Cristo; en El, por lo mismo, el corazón fué la víscera más interesante de su cuerpo y de ella y por ella fué lanzada la sangre á todos los órganos, á todos los miembros y á todas las extremidades. Darnos nuestro buen Jesús su corazón, es darnos la parte principal de su cuerpo, es darnos la vida de su propio cuerpo, es darnos su sangre, precio abundantísimo de nuestro rescate.

Mas el Corazón de Jesús, bajo este aspecto considerado, tiene algo de singular que lo eleva sobre el de todos los hombres. En especie es idéntico á los demás, pero en perfección les supera con mucho. La razón de este aserto se infiere de la doctrina del Angel de las escuelas. *Corpus Christi*, dice él, *erat optime complexionatum, cum corpore ejus fuerit formatum miraculose operatione Spiritus Sancti; sicut*

et alia quae per miracula facta sunt, fuerunt aliis potiora. Si el cuerpo de Jesús fué milagrosamente formado, así fué también su corazón; y si fué hecho por milagro, es mucho más perfecto que cualquier otro corazón formado por la naturaleza. Mas grande es, por tanto, su don que el que nos hiciera cualquier hombre dándonos su propio corazón.

Pero hay algo más en Jesucristo. Todas las partes de su cuerpo, tanto las esenciales, como las integrales, fueron levantadas á la unión hipostática; ellas no tienen una existencia independiente de la existencia del Verbo Divino, se le unen tan intimamente que, antes perderían el enlace que tienen entre sí, antes dejarían de recibir el influjo de vida que reciben del alma, como lo perdieron cuando Cristo murió en la cruz, que perder la vida divina, la existencia incomprendible que reciben del Hijo Eterno de Dios. Ahora bien: en Jesucristo, como en todos los hombres, el corazón es parte esencial de su cuerpo, luego está unido hipostáticamente al Hijo de Dios. Por tanto: al darnos su corazón no solamente nos da un corazón de hombre, formado milagrosamente por la virtud del Espíritu Santo, si que también un Corazón Divino en el que no sólo habita el Verbo consubstancial al Padre, sino que rige y produce sus palpaciones rítmicas, sus vibraciones todas y sus contracciones y repulsiones; un corazón cuyos gemidos, cuyos deseos, cuyos afectos, son los gemidos, los deseos y los afectos de un Dios.

Por otra parte, el corazón es el símbolo natural del amor y el órgano que lo manifiesta; porque hay cierta analogía entre él y el amor, á la vez que, como de la mano, nos lleva al conocimiento del amor. Este carácter propio de todo corazón humano, es también propio del Corazón de Jesús; porque Jesucristo, así como es consubstancial al Padre según la divinidad, así es consubstancial á los hombres según la humanidad. Mas, como en Jesucristo el corazón no es simplemente humano sino también divino, puesto que es Corazón de un Hombre-Dios, esta entraña divina tiene que ser manifestativa del amor divino y del amor humano que nos tuvo y nos tiene nuestro compasivo Salvador; signo de ambos amores es ese Corazón que tanto ha amado á los hombres y que no ha omitido medio alguno, ni economizado sacrificio para conquistar el amor de los mismos. Darnos su

corazón, es ayudarnos con el último esfuerzo de su amor, es darnos la hoguera de su amor, cuya suavidad y eficacia quiso dar á conocer en la vejez del mundo, á fin de avivar la caridad ya casi próxima á extinguirse.

Mas ese amor, es un amor llevado hasta la heroicidad, es un amor en que brillan las cualidades que pide el Evangelista para que sea el mayor de los amores; porque el amor de Jesús no es un amor que busca delicias, sino un amor que busca trabajos; se alimenta de dolores y vive desahucios; es un amor que, saturado de oprobios y abrumado de injurias por los hombres, no prescinde ni se canza de ellos, sino que dispuesto se haya á hacer mucho más por los que lo desprecian, si ello fuera necesario para conseguir su amor. Por esto la Iglesia llama al Corazón de Jesús "Víctima de caridad," por esto el mismo Jesucristo al revelar su Corazón, lo mostró envuelto en llamas de amor, ceñido por corona de punzantes espinas, sustentando la cruz, símbolo del martirio, y desgarrado en el centro por ancha herida, signo de inmenso dolor.

Reasumiendo: es sobre todo don el regalo que Jesucristo nos hace, dándonos su Corazón Sacratísimo; porque el Corazón es el órgano principal de su cuerpo; porque es perfectísimo, como formado milagrosamente por el Espíritu de Dios; porque es el símbolo del amor que como Dios y como hombre nos tiene, y porque es la expresión más acabada de los dolores interiores que sufrió por nosotros.

El amor sólo se paga con amor, los sacrificios solo se corresponden con sacrificios, y si no damos á Jesús nuestro propio corazón no seremos dignos de poseer el suyo.

Ojalá y que los que forman la Cátedra de Teología Dogmática, al rendir este homenaje al Santísimo Corazón de Jesús, en las postrimerías del Siglo XIX, tomen con firmeza la resolución de hacer cuánto esté en sus facultades, por conseguir el Reinado del Corazón de Jesús en las familias, en las sociedades y en las naciones del Orbe.

Junio 22 de 1900.

Andrés Segura,

Catedrático de Teología Dogmática.